

Amiga

Viktor Chejov

El telón del teatro se cerró después del último acto, los aplausos fueron inmediatos, con ellos, rítmicamente, el público nos solicitaba salir de nuevo para ovacionarnos.

Momentos antes de la reapertura del telón formamos la cadena humana para hacer la reverencia a los espectadores; Rogelio aprovechó la ocasión para terminar nuestra relación amorosa, diciéndome: “esto ya no funciona Manuela”. Sentí como si me arrojaron un balde de agua fría. ¿Sería que estaba molesto porque no le di el dinero que me pidió prestado? Él sabía que mi mamá estaba enferma y tuve que pagar el hospital.

No hubo tiempo para mayor conversación. Al abrirse el telón nuevamente, la vorágine de felicidad y emociones a flor de piel entre el público y los actores se mezclaron con mis lágrimas. Los espectadores nunca supieron que éstas eran causadas por el dolor que me invadía.

Por mi maquillista, me enteré de que Rogelio había comenzado una aventura con la “güerita” de la taquilla. Yo aún era su novia oficial. Tal vez lo hizo por despecho o enojo. Afortunadamente, quedaban pocas funciones de la obra en la que Rogelio era mi coprotagonista. La angustia e inseguridad me carcomían, lo amaba y él me despreciaba. El profesionalismo y disciplina en cada actuación fueron los pilares que me mantuvieron a flote para no desfallecer al tenerlo cerca en el escenario.

Miguel, el jefe de iluminación, es mi amigo desde que comencé la carrera actoral. Yo hacía papeles secundarios cuando él era un trabajador general en el Teatro el Galeón. Recuerdo cómo en aquellos ayeres de bajos ingresos compartimos los apretujones en el transporte y las exiguas comidas. Afortunadamente, las pláticas relacionadas con el mundo del teatro y los libros hacían casi imperceptibles los largos trayectos y los olores picantes de sudores ajenos.

Con una nueva puesta en escena a inicios del verano, y lejos de Rogelio, Miguel me invitó a realizar una caminata nocturna por las calles del centro de la ciudad. Me dijo que Rogelio era un Don Juan. No es la persona ideal para ti, Manuela, olvídalos. Tú sabes que existimos personas que te queremos, deseo verte feliz nuevamente Manu, concluyó.

Estos consejos me ayudaron a no buscar a Rogelio, ello a pesar de la adicción de pensar en él. Las palabras de Miguel me reconfortaron, sentí en él un apoyo incondicional. Mi mamá siempre me decía que era buen muchacho, debes darle una oportunidad hija, me aconsejaba, yo le contestaba que nunca se me había insinuado.

Mucha gente cree que la fama y tener muchos admiradores es suficiente para el artista. La realidad es que no es así. La sensación de sentirse la reina del universo sólo dura un instante y desaparece; al final, las obsesiones te persiguen y las emociones frágiles te atrapan.

Cierto día, durante los vientos otoñales, Miguel me invitó a salir, me dijo que era para festejar el décimo aniversario del día en que nos habíamos conocido; incrédula, le dije que no teníamos tantos años de amistad, a lo que él, con mucho aplomo respondió que lo demostraría cuando nos viéramos. El punto de reunión fue un restaurante minimalista. Al entrar, vi a Miguel sentado con un traje azul marino nuevo, me di cuenta de ello porque había olvidado quitarle la etiqueta de la tienda donde lo compró. He de confesar que se veía muy guapo, comencé a observarlo de otra manera, su vestimenta elegante combinaba perfecto con el tono de su piel tabaco y resaltaba su cuerpo delgado y firme.

Cuando me vio, se levantó de un brinco, nos saludamos efusivamente con un choque de manos que imitaba la subida de un telón haciendo esto con un movimiento de puños como tiráramos de un cordón; él, siempre muy atento, se levantó, me permitió que me sentara y empujó mi silla a la mesa como todo un caballero. Antes de ordenar nuestra cena me mostró un cartel de la obra "Sueños de un Seductor" en la que interpreté a *Clarisse*, el ama de llaves que escondía las cartas de *Mademoiselle Breton*; efectivamente esa obra la interpreté hace diez años. Me lo consiguió un amigo que trabaja en el teatro Galeón, lo encontró por casualidad, me dijo Miguel, emocionado.

Durante la cena, los platos llegaban rebosantes y se regresaban vacíos, nuestras copas se llenaban del mejor vino blanco que había probado, las botellas hacían su aparición en escena y, después de beberlas, estas eran llevadas tras bambalinas por los meseros tramoyistas. Después de risas, llegaron los autógrafos, selfies y otras tantas fotografías que nos tomamos con el personal del restaurante. Miguel dirigió la escena

como un director que indica a los actores sus posiciones en proscenio y en el foro del escenario. Cuando terminaron las fotos, me miró con intensidad, yo le contesté la mirada como una leona y sin mediar palabra me abalancé a sus labios con un beso que no tuvo nada de minimalista, me disculpé, pero ahora él regresó su boca a la mía, los impulsos nos llevaron a besos y caricias más intensos. Sin recordar cómo sucedió, llegamos al departamento de Miguel, las palabras eran pocas y las caricias muchas, gozamos nuestra desnudez hasta el orgasmo, la amistad había traspasado una frontera no escrita en el guion de la obra, ahora teníamos que improvisar.

Días después de lo sucedido con Miguel, mi cabeza era un torbellino, nada estaba en su lugar, apenas me recuperaba de la relación con Rogelio y ahora sentía mucha culpabilidad. No le llamé ni él tampoco lo hizo. Sentí que me había dejado llevar, no sabía qué decirle a Miguel, sentí que le había faltado el respeto a nuestra amistad al llevarla a una alcoba, la confusión era la reina de mi existencia: por un lado, aún extrañaba a Rogelio y por el otro, con Miguel siempre me sentía protegida; segura de mí misma y con libertad de decir lo que pensaba, todo lo había tirado al tacho de la basura.

No obstante los amargos sucesos del pasado, con fuerza de voluntad, tomé el control de mí misma y me di cuenta de que Miguel era una persona diferente a Rogelio, comprendí que su ausencia se debía a que tenía una inseguridad más grande que la mía, recordé cómo mi amigo siempre estuvo a mi lado en la enfermedad de mi madre y me apoyó emocionalmente en la onda expansiva de dolor provocada por Rogelio.

Pese al tornado emocional en el que me encontraba tomé el teléfono y llamé a Miguel. Al escucharlo sentí una gran paz interior. Hola Manu, disculpa por lo sucedido, pensé que estabas enojada. Pensé nada, Miguel, lo interrumpí, quiero platicar contigo y salvar nuestra amistad, concluí, medio tartamudeando. Miguel sentenció: Manu, yo también deseo conversar contigo, vivir sin ti no es vivir.

Después del tropicado inicio de conversación, fijamos vernos al día siguiente en una churrería ubicada en el barrio colonial de San Ángel. Contrario a lo que siempre sucedía, yo llegué antes a la cita. Una diminuta lluvia salpicaba las ventanas del establecimiento; mientras sopeaba uno de mis churros en el chocolate, la puerta de la churrería se abrió y Miguel hizo su entrada en escena y sin mediar palabra le di un fuerte

abrazo. Miguel me dijo: estoy confundido Manu, el día que estuvimos juntos fue sorprendente para mí, pero no me arrepiento. Al oír esto tomé su mano y le dije que aún no estaba lista para una relación de pareja, pero que podíamos seguir siendo amigos.

Ya era casi la media noche, nuestra conversación se había extendido más de lo normal, me tomé del brazo de Miguel y salimos contentos de haber recuperado nuestra amistad. Atrás de nosotros la cortina de acero de la churrería se cerraba como si fuera una guillotina, el barrio estaba solitario, algunos aromas agonizantes de chocolate y café llegaba hasta donde nos encontrábamos; los sonidos del agua de lluvia corriendo en los extremos de la calle y los insectos nocturnos ambientaban esta escenografía maravillosa. Nos detuvimos en la puerta de mi auto y Miguel se despidió de mí con un abrazo que jamás olvidaré.

Al día siguiente, cuando estaba saliendo de mi casa, escuché una voz conocida que invadió el espacio y casi me paralizó, era la de Rogelio, me ruboricé y me contuve para que no se exteriorizara ningún efecto por escucharlo. ¿Puedo hablar contigo Manuela?, he decidido que regresemos; me di cuenta de que te amo, dijo contundente muy a su estilo.

Al escuchar lo que me decía, le miré fijamente a los ojos. Por mucho que dijera amarme, vi en el cuello de su camisa el rojo carmín de la impronta de un lápiz labial. Estaba contenta conmigo misma al ver que Rogelio se había dado cuenta de mi valía como persona, ahora sí podía decidir lo que quería en la vida.

Unos meses después de lo sucedido en San Angel y afuera de mi casa, salí de emergencia al hospital, los dolores y trabajo de parto culminaron en un llanto que salió de mí pero que no era mío. Al ver la carita de mi bebé por primera vez y llenarme de alegría pedí a la enfermera se lo mostraran a su padre. Este último lo cargo diciéndole: Miguelito, no fue fácil, pero aquí estas como producto del verdadero amor.